

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La última aventura del radicalismo montonero.

Larraquy, Marcelo.

Cita:

Larraquy, Marcelo (2009). *La última aventura del radicalismo montonero. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/165>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La última aventura del radicalismo montonero

Marcelo Larraquy (UBA)

Introducción

Durante la década del '20 y del '30, el general Agustín Justo mantuvo el control del Ejército y estuvo siempre atento para intervenir en la vida política. Tenía la intención –finalmente lograda- de erigirse como el líder de una alianza compuesta por conservadores, radicales “antipersonalistas”, socialistas independientes y la corporación militar. Para ello, Justo trabajó sobre las fisuras de la Unión Cívica Radical (UCR). Quería que el partido se doblara y se rompiera, y perdiera su hegemonía electoral.

Pocos meses antes de la caída de Hipólito Yrigoyen en 1930, Justo representaba un doble rol: entre los civiles, se consolidaba como el garante militar de la conspiración golpista. A la inversa, para las Fuerzas Armadas, era el hombre que traccionaba el apoyo civil para el golpe de Estado.

Por su parte, el Ejército era un actor central en la vida pública. Su gravitación en el destino de la Nación no sería azarosa ni efímero, como suponía el frente civil que lo alentó a tomar el poder el 6 de septiembre de 1930.

Pero mientras el gobierno provisional del general José Felix Uriburu tendía hacia una república corporativa de corte fascista, que prescindiera del régimen electoral y de los partidos políticos, Justo, aunque fuese en forma ficticia, se preocupaba por demostrar sus convicciones en favor de la Constitución Nacional. Pero en esencia, la estrategia de Justo era violar de manera oculta aquello que proclamaba. Aceptaría la vigencia de la Ley Sáenz Peña y convocaría a todos a ejercer su derecho al sufragio, pero se atribuiría la facultad de desvirtuarlo hasta reparar a la “falsa orientación de las masas”. Durante su mandato (1932-1936) Justo manipuló el resultado de las urnas como prueba de verdad para retener su poder político.

La única amenaza política para los planes de Justo era el Marcelo Torcuato de Alvear. El ex presidente (1922-1928), reunía la adhesión de sectores conservadores del radicalismo y de parte del yrigoyenismo: era el único en condiciones de reunificar el partido que Justo imaginaba deshacer.

El “fraude patriótico” sería la solución política para reducir el caudal de votos del radicalismo e impedirle su retorno al poder. La UCR demoraría más de treinta años en volver a ganar una elección presidencial, y lo haría aprovechando la proscripción de su principal oponente, el peronismo.

Los hechos armados.

La primera insurrección del radicalismo de la década se gestó en Corrientes en julio de 1931, tres meses después de que Uriburu anulara las elecciones de la provincia de Buenos Aires en las que había vencido el radicalismo.

El coronel Pomar sublevó el Regimiento 9º de Infantería y mató al jefe de esa unidad, al que pensaba rendir sin dificultades. La proclama revolucionaria de Pomar recogía los postulados básicos del yrigoyenismo: la cesión del poder al presidente de la Corte Suprema y el retorno a la “normalidad institucional”. Pero al no encontrar eco en otras unidades militares, debió asilarse en Paraguay.

Como ocurriría luego con otros intentos insurreccionales, el régimen militar sobreactuaba las represalias y condenaba al radicalismo en su conjunto. En respuesta al levantamiento de Pomar, Uriburu vetó la participación electoral de los que hubieran actuado en el gobierno de Yrigoyen, también arrestó y desterró a radicales, y luego prohibió por decreto la candidatura de Alvear invocando un artículo de la Constitución que él mismo había quebrantado.

Las restricciones al radicalismo allanó el camino de Justo para obtener el respaldo político de los “personalistas” radicales y también para acceder a la Presidencia, al vencer a la fórmula De la Torre-Repetto, en las elecciones de noviembre de 1931.

La victoria de Justo terminó por disgregar los planes de unidad del radicalismo. La dirección partidaria, liderada por Alvear junto a los restos del yrigoyenismo, decidió enfrentar el fraude y la proscripción con la abstención electoral.

En cambio, una minoría de civiles y militares radicales, consideraba que la abstención, sin una táctica alternativa, clausuraría el futuro del partido, que desde su origen había luchado por la libertad de sufragio. Este grupo, relegado por la cúpula radical, en nombre de la Constitución y la soberanía popular, reactivó la tradición de la lucha armada de la UCR, como la habían formulado Leandro Alem e Hipólito Yrigoyen frente a los condicionamientos del régimen conservador a un sistema de representación política transparente.

A inicios de 1932, cuando Justo ya era presidente electo, el radicalismo rebelde planificó una insurrección en la ciudad entrerriana La Paz. No eran muchos los elementos de los que disponían: un centenar de hombres, una infraestructura de apoyo en la costa uruguaya, una caja de bombas de mano, cajones de Mauser y la promesa del apoyo de algunas patrullas del Regimiento 6º de Caballería.

Una delación desencadenó la caída del primer comando radical apenas arribó a una estancia entrerriana; sin embargo, un desprendimiento del movimiento armado, liderados por los hermanos Roberto, Mario y Eduardo Kennedy actuaron por sorpresa y controlaron los puntos estratégicos de La Paz: la sede policial, la oficina de telégrafos y la municipalidad, además de dos bancos.

En la presunción de que el éxito de la expedición multiplicaría los estallidos revolucionarios en otras provincias, el “Comando de las Fuerzas Libertadoras”, como se habían denominado, anunció la marcha hacia la Capital Federal.

La sola amenaza del despegue de la aviación oficial para reprimirlos bastó para que abandonaran la ciudad.

Este tipo de experiencias fracasadas no redujo el esfuerzo del radicalismo rebelde para promover nuevas movilizaciones armadas. Tenían la convicción de que, si contaban con una red bien aceptada de militares yrigoyenistas, podrían perforar el frente ideológico de la oficialidad, dominado por los sectores liberales de Justo y la minoría nacionalista que respondía Uriburu. Ese era el

objetivo central de los revolucionarios: penetrar en un Ejército que, lejos del profesionalismo que proclamaba, era un ámbito propicio para las disputas internas.

Adicional a este propósito, los radicales rebeldes buscaron el apoyo de la estructura partidaria para las insurrecciones. En su hipótesis, a la posterior caída del gobierno de Justo, sobrevendrían un período de normalización institucional, el llamado elecciones limpias y el seguro retorno de la UCR a un poder legal y legitimado.

Sobre este supuesto trabajó el teniente coronel Atilio Cattáneo durante todo el año 1932, enhebrando un esquema revolucionario que atrajo la simpatía de grupos de oficiales. Pero, a diferencia de los levantamientos armados previos a la ley Sáenz Peña, la actividad clandestina era cada vez menos sencilla de desarrollar en la década del treinta.

Apenas asumió, Justo puso en marcha el primer servicio de inteligencia del Ejército con escuchas telefónicas permanentes para detectar complots. Además, con la infiltración de militares espías, buscó desarticular la gestación de núcleos rebeldes en los cuarteles. Justo nunca concedió mando de tropa a los sospechosos de “deslealtad” y decidió traslados permanentes.

La actividad de estos servicios de inteligencia produjo la caída de un agente emisario que realizaba trabajos revolucionarios para Cattáneo. A mediados de 1932, el mayor Reginio Lezcano —que había sido figura clave para la expansión de la revolución radical que llegó a tomar el poder en Córdoba en 1905— fue neutralizado por la inteligencia militar cuando intentaba sumar al levantamiento a oficiales y suboficiales del Regimiento 9º.

Entre los documentos secuestrados a Lezcano, quien fuera ultimado en un hotel de Curuzú Cuatiá, se encontró el manifiesto político más radicalizado del partido de Alem e Yrigoyen conocido hasta ese momento. Por primera vez, se mencionaba la necesidad de una reforma constitucional inspirada en la “justicia social”.

Frente a la hipótesis de una victoria insurreccional, el radicalismo se proponía orientar la producción petrolera bajo gestión del Estado; establecer el control obrero en la producción; regular las actividades productivas y financieras a través del Estado y expropiar sin indemnización los campos de propiedad privada de más de mil hectáreas para explotarlos en forma colectiva.

En el equipaje de Lezcano también se halló un documento denominado *Instrucción para la organización revolucionaria cívica radical*, que contenía un plan para la toma de jefaturas de policía, de comisarías, depósitos de armas y la descripción del uso de los explosivos. En el documento se explicitaban distintas metodologías para la lucha revolucionaria, que funcionaban como un manual de la guerrilla radical de los años '30.

Yrigoyen, que en febrero de 1932 había sido liberado de la prisión de la isla Martín García, estuvo al corriente de los planes revolucionarios. A través de un interlocutor, Cattáneo le había informado al ex presidente que la organización de su plan ya estaba terminada y podía entrar en acción en cualquier momento, pero lo haría cuando lo dispusiera la autoridad máxima del partido.

Yrigoyen se había transformado en un mito pero ya no guiaba al partido radical; no podía brindar más que un apoyo testimonial a Cattáneo y prevenirlo de que “cuando los hombres alcanzaban determinada posición histórica, se los ataca desde los mismos lugares que debieran defenderlos. Lo sé por experiencia...”.

La cúpula partidaria, en cambio, era reticente a la acción armada. La UCR sólo podía ofrecer un acompañamiento a distancia, pero no le brindó a Cattáneo ni la asistencia financiera prometida, ni armas ni tampoco puso a la estructura partidaria, que se extendía en todo el país, en favor de sus labores.

Si bien nunca definió un apoyo, Alvear tampoco expresó una negativa cerrada, pero en su ambigüedad dejaba en claro que el programa revolucionario de Cattáneo excedía el molde ideológico del partido.

Como lo había programado Leandro Alem hacía más de cuarenta años, el plan incluía una “guerra psicológica” –con actos callejeros y explosiones de petardos

al paso de los tranvías— y el secuestro del presidente Justo y su vice, Julio A. Roca (h), que en la Revolución del Parque no llegaron a consumarse.

Pero la voluntad de Cattáneo, sin bases políticas donde sostenerse, no fue acompañada por la realidad. A la orfandad del apoyo partidario, la difícil inserción en el ámbito militar, se le sumó la improvisación organizativa.

Cattáneo había programado el estallido para el 21 de diciembre de 1932. Cinco días antes de esa fecha, se produjo una violenta detonación de explosivos en una casa de la Capital Federal, que le permitió a la policía descubrir la conexión con el coronel rebelde: en la casa había una lista con el nombre y la cantidad de explosivos que debía remitir a cada complotado.

Justo reaccionó como lo había hecho Uriburu. Restableció el estado de sitio, detuvo a Alvear y a la primera fila del radicalismo; a Yrigoyen y al propio Cattáneo.

Por entonces, la decisión de abstenerse o participar en el régimen electoral fraudulento continuaba siendo el dilema en el que había quedado inmobilizado el radicalismo.

La abstención no era una opción efectiva. Distintos sectores del aparato radical la vulneraban, prestando servicios electorales de modo más o menos clandestino a los grupos antipersonalistas adheridos a Justo, y obtenían, de ese modo, beneficios económicos y políticos en estructuras del Estado.

Fuera de las compulsas electorales, y sin una política definida en apoyo a los levantamientos armados en constante gestación, el radicalismo (deteriorado en su cohesión interna), en un escenario político adulterado (que seguía funcionando bajo una ficción de normalidad), corría el riesgo de perder su arraigo electoral.

La presión de los rebeldes armados sobre la cúpula partidaria se hizo insostenible hacia fines de 1933. Una insurrección se lanzó en la ciudad de Santa Fe, donde se había reunido la convención radical para ratificar, una vez más, la política de abstención.

Tras el asalto a varias armerías, comisarías y la jefatura de policía, se inició un combate callejero.

En la misma madrugada del 29 de diciembre, la insurrección estalló en Rosario: alrededor de cuarenta civiles tomaron el cuartel de la Marina arrojando granadas. Un intento similar se produjo en Cañada de Gómez, con el liderazgo de un dirigente radical que se había excusado de continuar con las deliberaciones en la convención partidaria; lo mismo ocurrió en Esperanza, San Jerónimo y Coronda. En Córdoba, con la participación armada de Amadeo Sabbatini, quien dos años después sería gobernador, y Arturo Illia, quien treinta años más tarde sería presidente, también se promovió el alzamiento.

En la ciudad de Santa Fe, los revolucionarios buscaron una proclama de apoyo de la Convención, que indujera al radicalismo a plegarse a la rebelión en todo el país. Pero no lo obtuvieron. La Convención consideró los hechos armados como “absolutamente extraño a las actividades partidarias”.

Aún así, al mediodía del día siguiente, cuando el Ejército ya tenía controlada la ciudad, pero los convencionales fueron detenidos y trasladados a la isla Martín García y al penal de Ushuaia. Entre los detenidos, se encontraba el ex presidente Alvear.

En forma simultánea a Santa Fe y Córdoba, la insurrección también estalló en Corrientes. Allí se organizaron dos comandos. Uno, en la zona sur, que debía tomar Paso de los Libres; y otro, en la zona norte, con la misión de conquistar Santo Tomé.

Los dos comandos contaban con alrededor de tres centenares de hombres que se entrenaron durante varios meses en Brasil y contrataron mercenarios de ese país como tropa de apoyo.

El 30 de diciembre el comando norte atacó Santo Tomé con lanchas que se desplazaron desde el puerto de São Borja, Brasil. En previsión del ataque, la ciudad correntina se había transformado una fortaleza policial y militar, pero tras el asalto a la Subprefectura, lograron apropiarse de una ametralladora pesada, que les permitió avanzar sobre la jefatura de Policía. La expedición

armada continuó su rumbo triunfal. Conquistó la oficina de Correos y Telégrafos, la estación del ferrocarril y la compañía de teléfonos en victorias rápidas, sin mayores contratiempos.

En pocas horas, los radicales barrieron a fuego las calles de Santo Tomé. La ametralladora pesada, montada sobre los techos del hotel París, decidió la suerte del combate y las autoridades capitularon la ciudad. Santo Tomé se convirtió en el primer refugio de la montonera radical, que quedó en poder de la Junta Revolucionaria.

Pero el comando radical estaba desbordado por los conflictos internos. Las tropas brasileñas reclutadas en el Regimiento de São Borja -que combatieron con uniforme de su país-, ofuscados por la demora en el pago, salieron a despojar comercios y casas de particulares para llevarse lo que encontrasen: comestibles, aparatos de radio, neumáticos, incluso un automóvil Chevrolet que embarcaron hacia São Borja. Muchas familias huyeron de la ciudad por temor a los asaltos a mano armada de los brasileños. Los revolucionarios radicales, que pensaban tomar Misiones junto a los brasileños, prefirieron suspender los movimientos de tropa y organizar una “contribución de guerra” entre los barrios para que los mercenarios tomaran lo suyo y se fueran a Brasil.

Muy pronto, el rumor de que la Fuerza Aérea Argentina y las tropas del Regimiento 11º de Caballería, se dirigían por aire y vía férrea hacia Santo Tomé para iniciar la represalia, hizo que la organización revolucionaria, que llevaba sólo un día en el poder municipal, comenzara a fragmentarse. El que no se ocultó en la ciudad, escapó hacia el campo o hacia el Brasil, siguiendo el rumbo de los mercenarios.

La derrota también alcanzaría a las tropas del comando de zona sur. El general Bosch no alcanzó el apoyo prometido en el 11º Regimiento; las sublevaciones frustradas de Santa Fe, Rosario y Córdoba disuadió la original rebelión castrense.

Apenas Bosch intentó desembarcar con su tropa en las cercanías de Paso de los Libres, fueron combatidos por la Marina.

Sin apoyo militar, con armas incautadas, soldados y civiles hecho prisioneros o abatidos en el río, con una columna de desertores que huía hacia Brasil escapando del trepidar de las balas en el río, y soportando una temperatura de 42 grados, el comando radical de Bosch prosiguió su expedición sobre Paso de los Libres.

La esperanza de una victoria remota, aun con un destino de muerte difícil de torcer, los empujaba a continuar la lucha contra el régimen fraudulento.

El poeta Jorge Luis Borges luego rescataría de las insurrecciones armadas del radicalismo, a esos hombres que “honraban su virtud revolucionaria” en contra del régimen fraudulento, aun cuando intuían que no obtendrían “más gracia que una muerte que será decretada insignificante. La muerte, siéndolo todo — escribía el poeta—, es nada: también los amenazan el destierro, la escasez, la caricatura y el régimen carcelario. Afrontarlos, demanda un coraje particular”, indicó en el prólogo de *El Paso de los Libres*, un poemario del soldado y poeta Arturo Jauretche, que narró las peripecias de la expedición radical en la frontera litoraleña.

El Ejército sorprendió al comando radical en un terraplén ferroviario, a las puertas de Paso de los Libres. Tras el combate, los radicales se atrincheraron en una casona, con la intención de tomar la oficina de Correos y Telégrafos. Estaban sólo a dos cuadras. Todavía conservaba una ametralladora pesada, su arma de mayor calibre. Pero en los distintos enfrentamientos, “la patriada radical” contra Justo ya cargaba con medio centenar de muertos y todavía no habían logrado su objetivo de penetrar en la ciudad. Bosch ordenó la retirada y cada uno se fue del territorio del combate como pudo. A nado o en canoas, pero la Fuerza Aérea los ametralló sobre los esteros.

Fue la primera vez que un avión militar argentino se utilizó para aniquilar una rebelión interna. “Allí también la aviación anduvo en el escarmiento; no muy linda la ocasión para estrenar el invento”, escribiría Jauretche en *El Paso de los Libres*.

Los que no resultaron muertos ni heridos intentaron bracear hasta la costa brasileña. Ya no tenían posibilidades de regreso. La orilla argentina había sido tomada por efectivos del Ejército y de la Subprefectura.

Los sobrevivientes pasaron la víspera del Año Nuevo de 1933 fugados en los montes, intentando evitar el encuentro con las patrullas militares y el fuego aéreo. Uno de los represores se ocupaba de rebanarle la oreja a cada rebelde con el que se topaba, antes de darle el tiro de gracia.

Justo ya no tenía voluntad de seguir tomando prisioneros. Quería acabar a todos los insurrectos.

Algunos años más tarde, en 1937, el coronel Roberto Bosch cargaría de rencor una carta que destinó a Alvear, en la que le reprochaba sus ambigüedades frente a la revolución radical del Litoral:

“Usted decía estar de acuerdo conmigo en la necesidad imprescindible de un movimiento revolucionario. Diferíamos únicamente en cuanto a la fecha de ejecución del movimiento [pero] se interpuso usted entre el comando y los jefes de unidades, haciéndoles saber a último momento su desistimiento. La revolución estalló, ahogada por la traición maniatada, por la confusión de sus instrucciones negativas, impartidas por usted apresuradamente”.

Conclusión

La de Paso de los Libres, fue la última insurrección del siglo XX en la que los radicales intentaron impugnar el poder del Estado con las armas, recuperando una tradición del radicalismo, en la que la violencia era un factor contingente pero habitual de la política; una herramienta de desobediencia frente a un poder establecido, que consideraban tan valiosa como las instancias electorales.

En el radicalismo del siglo XIX, la violencia no estaba dissociada de la acción política. La revolución era un imperativo moral para la búsqueda de una representación política más transparente.

Sin embargo, la línea histórica proyectada por más de cuarenta años, que unía a los revolucionarios del Parque con los Comandos del Litoral, se cortó frente a las fuerzas provinciales y estatales, y a la falta de apoyo de la dirección partidaria. Este último detalle se contrastaba con las revoluciones precedentes, en la que la cúpula del radicalismo acompañaba dirigía las acciones armadas.

Los múltiples alzamientos radicales de la década del treinta chocaron contra la cohesión del poder militar del General Justo. Durante su gobierno no hubo una sola unidad militar que se insubordinara al mando oficial.

A partir de la noche de Año Nuevo de 1933, ya no habrá más rebeliones. La estrategia de intransigencia armada de Alem e Yrigoyen, esculpida a sangre y fuego, sería sumergida, con respeto, en la penumbra partidaria.

Bibliografía

Bejar, María Dolores. *Uriburu y Justo: el auge conservador (1930-1935)*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

García Lupo, Rogelio. *Los conjurados de la Corda Frates. Los derrotados del golpe del 30*, en Clarín, Buenos Aires, 3 de septiembre de 2000.

Halperín Donghi, Tulio. *La República Imposible (1930-1945)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino, Tomo V, Buenos Aires, Ariel Historia, 2004.

Jauretche, Arturo. *El paso de los Libres*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1974.

Pla, Alberto. *La crisis social: de la restauración oligárquica a la argentina de masas*, en *La Década Infame*, Buenos Aires, Ediciones Cepe, 1974.

Schillizzi Moreno, Horacio. *Argentina Contemporánea. Fraude y entrega (1930-1943)*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1973.

Tussie, Diana y Federman, Andrés. La última montonera radical, en Todo es Historia n° 87, Buenos Aires, agosto de 1974.

Villalba, Miguel. La frontera en armas. Revolución radical de 1933 en Paso de los Libres y Santo Tomé,(Corrientes), Paraná, Entre Ríos, Gráfica Leo, 1996.

La Argentina de los años 30. El radicalismo subversivo, en Panorama, 6 de octubre de 1970 (sin firma de autor).

Larraquy, Marcelo. Marcados a Fuego. La violencia en la historia argentina. Buenos Aires, Editorial Aguilar, 2009.